

Caimanes en las alcantarillas de Nueva York

Dimensión simbólica

*Véronique Champion-Vincent**

En las alcantarillas de Nueva York habitan caimanes. Pequeños y encantadores animales de compañía al principio, a la vez que recuerdos inolvidables de unas vacaciones en Florida, son arrojados después sin más contemplaciones a través del inodoro por sus dueños cuando se convierten en estorbo.

MORGAN Y TUCKER (1984:149)

La leyenda contemporánea de “Caimanes en las alcantarillas de Nueva York” es conocida en todo el planeta y ha dado lugar a variantes localizadas en numerosas capitales. En este artículo se analiza su aparición –alrededor de la década de 1960– y su desarrollo, debido a que ha sido retomada en muchas noticias, novelas y películas de ficción. También se estudian los vínculos presentes de la leyenda con la realidad. Sin embargo, es el valor simbólico de esta historia la que explica su éxito y persistencia. Aquí se trata de ir más allá de la metáfora de la castración que encuentra el psicoanálisis en la leyenda para considerarla como una metáfora de la ciudad como jungla: la agresividad de los caimanes y los desechos urbanos en los desagües permiten comentar los peligros de la gran ciudad moderna.

PALABRAS CLAVE: leyenda urbana, simbología, animales peligrosos, miedos, angustia de castración, ciudades.

* Investigadora de rumores y leyendas contemporáneos. Principales publicaciones: *Légendes urbaines. Rumeurs d'aujourd'hui* (*Leyendas urbanas. Rumores de hoy* (1992); *De source sûre. Nouvelles rumeurs d'aujourd'hui* (*De fuente segura. Nuevos rumores de hoy*) con Jean-Bruno Renard (2002); *Organ Theft Legends* (*Leyendas de robo de órganos*) (ed. original francesa, 1997) (2005a); *La société parano. Théories du complot, menaces et incertitude* (*La sociedad paranoíca. Teorías del complot, amenaza e incertidumbre*) (2005b) [championv@msh-paris.fr]

The contemporary legend of the “Alligators in the Sewers of New York” is well known all over the planet and has created local variants in several big cities. Its appearance (in the 1960s) and development (in which short stories, novels and fiction movies played a great role) are detailed here.

The real elements that make this story plausible are presented: trade, national and international, in young crocodiles, pythons and turtles is brisk; numerous stray exotic animals are picked up in big cities by the authorities. However it is the symbolic value of this story that explains its important and lasting success. Beyond the castration metaphor deciphered in the story by psychoanalysis the encounter between the alligators’ pure aggressiveness and the sewers’ urban dejections allows to comment the dangers of the modern city. This story is a metaphor of the city as jungle.

KEY WORDS: urban legend, symbolism, castration anguish, cities, dangerous animals, fears.

EN ESTA VERSIÓN DE MEDIADOS de la década de 1990, recogida por Morgan y Tucker, están presentes todos los elementos esenciales de la leyenda: la llegada de los caimanes desde Florida en calidad de pequeños animales de compañía, su posterior expulsión a través de los inodoros, su supervivencia y crecimiento en las alcantarillas... Sin embargo, se han suprimido ciertas características: su ceguera, su albinismo (según una versión anterior a la leyenda, los caimanes se habrían vuelto ciegos y albinos como consecuencia de la oscuridad reinante en su nuevo hábitat) y su ferocidad (así se les atribuirían varios ataques en los sanitarios públicos de la ciudad).

Hacia finales de la década de 1960, los estudiantes californianos de la Universidad de Berkeley añadieron una variante a la leyenda. En las alcantarillas de Nueva York crecía una excelente variedad de marihuana, “la Blanca de Nueva York”. Las plantas habían prosperado en este nuevo medio al haber sido arrojadas por el inodoro como consecuencia de numerosas “redadas antidroga”. Único inconveniente a la hora de recolectarla: la presencia en las alcantarillas de peligrosos caimanes de gran tamaño.

Entre los jóvenes, sean o no estudiantes de Nueva York, esta historia ha contribuido, indudablemente, a “animar” y “adornar” la ciudad, así como

engrosar la lista de sus fantasmas colectivos, en el relajado marco de veladas “regadas” con alcohol y con humo. Así lo recogió Jan Brunvand en 1981:

En una ocasión, paseando con los compañeros, y a la vista del humo que sale de las bocas de las alcantarillas en inviernos comenzamos a intentar explicar su origen. Pensamos que la marihuana, los fetos, y los caimanes arrojados en los sanitarios habían engordado, y que al ser fumada la droga, los bebés caimanes se montaban en los grandes y cabalgaban sobre ellos, los cuales a su vez daban vueltas. Por este motivo sale el humo.

Valga esta delirante narración de un estudiante neoyorquino, recopilada en 1978 en la Universidad de Utah, que resulta extraordinaria además por su amplia elaboración como muestra de una perfecta conjunción entre el ingrediente cómico (la leyenda de la sardina gigante que había taponado el viejo puerto de Marsella estaba aún reciente) y el elemento angustioso.

Caimanes en otros ríos

Después, la historia se difundió por todo el mundo, y la inquietante presencia de los caimanes se ha escuchado prácticamente en todos los lugares.

Las prolongadas polémicas desde 1982 relativas a la viabilidad de proyectos de criaderos de cocodrilos en la región sur de Francia —se trataba de utilizar para ello en Bollène (Vaucluse) los recursos de agua caliente precedentes de la central atómica de Tricastin—, llevaron a la aparición de relatos que aseguraban que existían cocodrilos en el río Ródano y el Gard. Finalmente, el proyecto de criadero de cocodrilos se realizó en Pierrelatte (Drôme), y no en Bollène. Gracias a las altas temperaturas de las aguas procedentes de la central atómica, fue ahí donde los 360 animales de la “granja de cocodrilos”, importados desde África del Sur, acogieron a los turistas. Paradójicamente, aquí sus pieles no se utilizan para la elaboración de bolsos o zapatos, sino que los organizadores del proyecto consideran la posibilidad de repoblar reservas en África Occidental con los cocodrilos recién nacidos en la “granja”.

La existencia de caimanes se ha convertido en un punto común de encuentro de evocación fantástico-urbana. Así, a comienzo de la década de 1960,

se encuentran reminiscencias en el texto de Gilbert Lascault, *Mensonges et menaces de l'en-dessous* (*Mentiras y amenazas del fondo*):

Todos los poceros¹ saben que debajo del bulevar Saint Marcel, está prohibido acceder a un determinado pasillo, custodiado día y noche por tres policías armados y disfrazados. A partir de aquí puedes recorrer un amplio laberinto pestilente en una lancha motora armada con metrallas. Encontrarás manadas de cocodrilos albinos y hambrientos [1973:5].

En un texto menos literario, resultado de una encuesta acerca de las afueras de París, publicado en 1990, François Maspéro también pensó haber encontrado rastros de caimanes ubicuos cerca de París durante su exploración de las afueras de ésta:

Pasaje en Plaine St Denis. ¿Fue ese día en el que, tarde en la noche, en la pizzería de la plaza de la Mairie, alguien les habló de caimanes que se reúnen en las alcantarillas de La Villette, en la desembocadura de una cañería de calefacción urbana? [1990:264-265].

En Florida, la historia ya circulaba hacia finales de la década de 1950 —asegura Kenneth Thigpen, quien tenía diez años en 1958— y la misma no hacía sino confirmar cuán estúpidos aparecían, a los ojos de los niños que relataban, los neoyorquinos, esos turistas “yanquis” del norte. En efecto, a diferencia de los habitantes de Florida, ellos no sabían mantener una prudente distancia entre los peligrosos reptiles y, en su lugar, se los llevaban a casa dándoles cobijo en sus propias bañeras. En cuanto se habían cansado de ellos, los arrojaban por los sanitarios, y de esta manera, las alcantarillas de Nueva York se vieron infestadas de cocodrilos.

¿Tiene esta historia algún viso de realidad? Aunque parezca imposible, un caimán fue capturado en Nueva York a la salida de una alcantarilla cerca del río Harlem. Este hecho, relatado meticulosamente el 10 de febrero por el *New York Times* y presenciado por un grupo de jóvenes de la calle 123, tuvo lugar en 1935. En la década de 1930, otros caimanes o cocodrilos fueron hallados en Nueva York o sus alrededores.

¹ Encargados de limpiar los pozos o depósitos de inmundicias.

Estos hechos, sin embargo, parecían estar totalmente olvidados cuando en 1959 aparece la obra *The World Beneath the City (Un mundo bajo la ciudad)*, de Robert Daley, periodista deportivo de *New York Times*. La mencionada obra, cuya acción discurre en las alcantarillas de la ciudad, dedica un capítulo a la presencia de los caimanes en el subsuelo neoyorquino de la década de 1930. Entrevistado por Daley, Teddy May, inspector general de la red de alcantarillado de la ciudad en este periodo, relataba su campaña de erradicación de los animales en 1935 y 1936. Campaña coronada con éxito, puesto que los caimanes desaparecieron a finales de 1936, lo que se anunció triunfalmente en todos los medios de comunicación. Sin embargo, de entre las numerosas críticas que se hicieron de la obra de Daley a principios de la década de 1960, es rara aquella que no se centra en los caimanes, ignorando por completo el éxito de la campaña del inspector. El mismo Daley, en un extracto del libro publicado en el *New York Times Magazine*, olvidó mencionar que “la invasión de caimanes” de la década de 1930 había sido afortunadamente erradicada.

Pero la leyenda de los caimanes de alcantarillas se da a conocer realmente con ocasión de un hecho literario. En 1963, el novelista Thomas Pynchon le otorgó gran protagonismo en su novela titulada *V.*, que tuvo gran éxito entre los jóvenes. La introducción al tema era más bien tradicional:

¿Se acordaba de los bebés-caimán? El año pasado, o probablemente el año anterior, todos los muchachos de Nueva York (habla un portorriqueño), compraron un pequeño caimán. Macy's los vendía por 50 centavos; todos los niños querían uno. Pero enseguida se cansaron de ellos. Algunos los soltaron en las calles, pero la gran mayoría los tiró por el inodoro. Después crecieron. Se reprodujeron, se volvieron ciegos y albinos, y se les podía encontrar en todas las alcantarillas comiendo ratas y basura. Sólo Dios sabe cuántos podría haber allá abajo. Algunos de ellos se habían vuelto caníbales, porque en su pequeño rincón ya no quedaban ratas [1963:43].

Sin embargo, el autor introducía una innovación: creaba la figura de una “patrulla anticaimanes” que trabajaba en pareja recorriendo profundidades de las alcantarillas a la búsqueda de su peligroso botín.

¿Se tendría que leer en esta expedición subterránea la resurgencia de motivos folclóricos AT 300 (el mata dragones), AT 301 (las tres princesas raptadas) y AT 303 (los gemelos o hermanos de sangre), motivos que contienen

episodios en los que el héroe persigue al Dragón en los mundos subterráneos? Kenneth Thigpen, el folclorista, al proponer esta interpretación, resaltó que la conclusión de *V.* regresa a la modernidad rechazando todo triunfalismo, toda heroización: matan al caimán pero el que lo mató le pide perdón y se siente culpable.

Al margen de la narrativa, lo cierto es que había una base real para este tipo de relatos de apariciones insólitas, ya que el comercio de pequeños caimanes existía y existe, tanto en Estados Unidos como en Francia.

La importación de pequeños caimanes salvajes, capturados en los pantanos de Florida, o más frecuentemente, procedentes de criaderos para la elaboración de bolsos y zapatos, era una actividad muy lucrativa en la década de 1930. Un artículo de una joven de Poitiers, publicado en 1932 en la revista local *La Grande Goule*, relatando su encuentro (por la noche, en el tren que une la ciudad de Nueva York con la de Jacksonville en Florida) con un vendedor de caimanes, presenta en escena un nuevo personaje: el charlatán o vendedor ambulante.² Lleva un gran número de pequeños ejemplares en sus bolsillos, y afirma poder vivir de sus ventas de reptiles a los neoyorquinos. Los animales provienen de un criadero, y él se apresura a añadir que se compromete a volver a comprar aquellos que crezcan demasiado. La huida, o la liberación de estos animales cuando se convierten en estorbo, explica sin duda las presencias corroboradas en este periodo en Nueva York.

Las alcantarillas de París

La aparición de caimanes en lugares insólitos no es excepcional. De esta forma, en Francia, muchas veces los caimanes son animales domésticos de pequeños, y están en los circos de grandes. Durante una encuesta efectuada en marzo de 1988, el director del zoológico de Vincennes me indicó que los zoológicos parisinos reciben tres caimanes cada año —¡más que nada, la policía los encuentra en la vía pública! Claro está, esto es poco comparado a los doce pitones o boas, 12 monos, 24 lagartos y más de cien tortugas que figuran en esta enumeración, pero sin embargo es constante. La prensa

² Agradezco esta referencia a Jean-Loïc Le Quellec.

señala regularmente las evasiones de pitones o boas, a través de las cañerías de los edificios. Éstos se evaden según un esquema estereotipo, que es el del surgimiento del animal—en los inodoros o en la tina— en los hogares de mujeres solas. Siguiendo la historia legendaria neoyorkina, un caimán fue capturado en las alcantarillas parisinas, el 9 de marzo de 1984. Reportando el evento, *France-Soir* publicó la foto del animal (que medía en ese entonces, 80 cm), explicó que durante meses estuvo en las alcantarillas y evocó, por supuesto, la leyenda neoyorkina:

Ese caimán (si no es él, es su hermano) era muy conocido por los alcantarilleros y la policía parisina. Ya se había visto varias veces hace unos meses, seguramente después de haber sido cobardemente abandonado por sus dueños. Se intentó, sin éxito, capturarlo. Hace unos años en Nueva York estaban de moda los pequeños saurios domésticos. Asustados por el crecimiento, tanto rápido como inquietante, de su mascota, los dueños indignos los tiraban con el agua de la tina. El resultado fue que unos meses después, las alcantarillas de Manhattan estaban repletas de caimanes.

Ese caimán—se trataba de un animal de origen africano, de un cocodrilo del Nilo— se quedó dos años en el Jardin des Plantes en París (lugar donde se encuentra una casa de fieras, al mismo tiempo que un jardín botánico). Luego, en 1986, lo transfirieron a Bretaña, al nuevo acuario de Vannes, donde todavía es la estrella. Si llaman al acuario, una dulce voz le anuncia que al visitar éste, podrá descubrir “el caimán capturado en las alcantarillas de París”. A finales de 1992, un artículo lo presentaba como “La estrella del acuario”, y por supuesto recordaba su origen parisino, insistiendo en su perfecta adaptación a las alcantarillas:

Ya demasiado grande para seguir viviendo en un departamento, el animal es puesto en libertad en la “selva subterránea” de la grande ciudad, donde se aclimató muy bien: las aguas templadas de las alcantarillas, pobladas sobre todo de roedores apetitosos ¡era un ensueño! Era como su Nilo natal, pero sin el sol.

La captura del caimán parisino sólo fue una de las múltiples misiones de los bomberos de París para capturar animales exóticos o salvajes que se escapan de casa de sus dueños. Estos animales están cada día más a la moda y

presentan problemas de seguridad, ya que se encuentra realmente de todo en la capital. Después de la inquietud suscitada por el vagabundeo de un pitón grande durante más de un mes (su dueño, músico, se había ido en gira y el animal se escapó del hogar desértico), un bombero nos contó:

“En 29 años de servicio, tengo en mi palmarés cinco serpientes constrictoras, un oso y un cachorro de león”. No habla Crocodile Dundee, sino el capitán Thanry del centro de socorro de Ménilmontant [...] En los casos difíciles lo llamamos a él. Así es que a principios de julio capturó el pitón de Belleville que se escapó de casa de su dueño. Nada más en la capital, los bomberos intervienen más de 100 veces al año para recuperar animales exóticos [...] “La capital aloja a más de 10 mil animales salvajes, 7 mil de éstos siendo reptiles”, se afirma en los servicios veterinarios de la Ciudad [*Le Parisien*, 23 y 24 de julio de 1994].

Los artículos que hablan de la acción protectora son recurrentes. De la misma manera se felicitan muchas veces los alcantarilleros, quienes –como los bomberos– protegen la ciudad de las invasiones de todo tipo. Se sabe que las principales alcantarillas construidas en el siglo XIX por Hausmann, todavía son una atracción turística y un orgullo parisino.

En febrero de 1996, un artículo insólito presentaba en *Le Figaro*, un inventario de toda la fauna auténticamente “salvaje” existente en las alcantarillas de París: arañas, cucarachas, ratas –lo cual no tenía nada sorprendente–, pero, ¿qué decir de los cangrejos, rojos y carnosos, que se habían desplazado desde una instalación de tratamiento de aguas, de los gatos salvajes que atacaban a los poceros, de los mosquitos?

Victor Hugo –evocando en *Les Misérables* (*Los Misérables*) la heroica limpieza de las alcantarillas bajo el Imperio, por el verdadero creador de las alcantarillas modernas, Bruneseau, segundo de Hausmann –ya demostraba descubrimientos subterráneos bastante extraños:

Bruneseau, en su exploración, procedió de río arriba a río abajo [...] Se creyó reconocer esto y lo otro, particularmente debajo del Palacio de Justicia, en alvéolos de antiguos calabozos en la misma alcantarilla. Calabozos repugnantes. Una picota de hierro colgaba en una de las celdas. Se tapiaron todas. Hubieron unos descubrimientos extraños: como el esqueleto de un orangután que había desaparecido del Jardin des Plantes en 1800, desaparición

probablemente conexas a la famosa e incontestable aparición de este animal en la calle des Bernardins, el último año del siglo XVIII. El infeliz terminó ahogándose en las alcantarillas [*Les Misérables* (1862), Libro 2, *L'intestin de Léviathan*, 1951:1292].

En mayo de 1992, el periódico semi-paródico *Jour de Paris*, afirmaba con suma seriedad, que el caimán Bernard, originario de la Guyana y abandonado a los tres años por sus dueños, era una estrella parisina que repartía su tiempo entre las cloacas y el Sena, donde numerosos turistas le aclamaban. El heroico *Bernard* se ocupaba de salvar a los suicidas del río y a los poceros con dificultades.

Algunos meses más tarde, en un artículo aún más fantasioso, *Jour de Paris* (septiembre de 1992) recordaba la leyenda de los caimanes y afirmaba la presencia de otros animales insólitos en las cloacas de París:

Hace una decena de años, descubríamos con estupor que las alcantarillas de París estaban infestadas de cocodrilos, caimanes y otros saurios. Imbéciles irresponsables compraban pequeños bebés con escamas para hacerles compañía, y cuando éstos se volvían más grandes, eran devueltos a las alcantarillas. Se trata del mismo caso acaecido hace un año con las jirafas.

Las tortugas Ninja

Pero volvamos a la realidad, en la que se entronca la parodia. La moda de las tortugas Ninja supuso un gran impulso a las importaciones de un animal tremendamente popular en Francia: la tortuga enana de Florida. En 1992, las importaciones eran masivas: 300 mil animales. Otras tortugas de la especie serpentina que pueden llegar a medir 30 centímetros y son muy agresivas, se importaban de Canadá: 4 mil en 1992. En el momento en que se volvieron molestas o aburridas para sus dueños o sus hijos, estos animales fueron abandonados. Tanto si se hubiesen devuelto a un zoo –habrían supuesto una carga– como si se hubiesen devuelto a mares, lagos, ríos, habrían constituido un serio peligro al depredar especies autóctonas de menor resistencia y ya en vías de extinción. En 1993, la “confidencial” Societé Herpétologique de France (que reúne a coleccionistas y a científicos apasionados por los reptiles) organizó

su coloquio anual acerca de los problemas planteados por los enemigos de las tortugas americanas. Declaraciones alarmistas de los principiantes de este coloquio encontraron eco en *France-Soir* (18 de agosto de 1993): “Centenares de tortugas carnívoras desembarcan en Francia. Peor que las Ninjas”. Ese mismo día en el *Times* se decía: “El terror de las tortugas mutantes amenaza la paz de los bañistas en la Riviera”.

Como vemos, los caimanes de las alcantarillas de Nueva York de la leyenda tienen primos tan cercanos como las tortugas, originarías igualmente de Florida, y llegadas a Europa para diversión de los niños.

Sin embargo, no hay que olvidar que no han sido hechos reales los que han atribuido el éxito a esta leyenda, sino su valor simbólico, de una gran riqueza en asociaciones cargadas de significados.

Los artistas, creadores de imágenes y de historias dirigidas tanto a la cultura de masas como las de élite, se dieron cuenta enseguida de las posibilidades comerciales de la leyenda de los caimanes neoyorquinos y contribuyeron espectacularmente a su lanzamiento.

El papel de Pynchon –autor de *V.*, que tuvo mucho éxito con los jóvenes– ya fue evocado.

Simbolismo ecologista

En 1967 la película británica *Penthouse* explotó para el público mundial el valor simbólico de la leyenda. Los malhechores de la película aterrorizan durante todo un fin de semana a una pareja que vive en un *Penthouse* (lujoso alojamiento situado en la azotea de un inmueble). Justifican su sadismo al identificarse con los caimanes de las alcantarillas de Nueva York. Al igual que a ellos, les ha tocado vivir en un mundo hostil en el que para sobrevivir, no hay sitio para la piedad.

La leyenda de los caimanes, resucitada en varias series de televisión de la década de 1960– como *Barney Miller* y *The Honeymooners* con el cómico Art Carney en el papel de pocero– ha inspirado también una película: *Alligátor* (1980). En esta película, doce años después de que el animal fuese arrojado a las alcantarillas, y tras haberse vuelto extraordinariamente grande a consecuencia de la gran contaminación química y de los vertidos de hormonas por parte de los grandes laboratorios faltos de escrúpulos, surge de nuevo en las alcantarillas

y en Manhattan para masacrar todo lo que encuentra a su paso. Encontramos aquí una variante ecológica, al introducir el concepto de la polución química como determinante de un mayor grado de peligrosidad.

Caimanes y alcantarillas

Para poder comprender por qué esta historia se ha convertido en algo tan emblemático desde su aparición, se hace necesario analizar los elementos que la componen. El caimán representa la agresividad pura dentro del bestiario simbólico. Un caricaturista será inmediatamente comprendido al representar unas fauces en actitud de devorar.

La historia de los caimanes en las alcantarillas nos remite –afirman los folcloristas apasionados de la interpretación psicoanalítica– a la angustia de la castración que habita en nosotros permanentemente. Para apoyar esta hipótesis, Michael Carroll –quien dedicó a la leyenda del caimán un artículo de interpretación psicoanalítica– se cuestiona acerca de la permanente afirmación de que los caimanes son siempre arrojados por el sanitario de los cuartos de baño. El caimán está lejos de ser un animal familiar común (se sitúa a mucha distancia de los gatitos y de las cobayas) y además sería más lógico arrojarlos directamente a las bocas de las alcantarillas situadas en la calle. Sin embargo, la asociación de caimanes/sanitarios es la que suscita la creación oral y las leyendas y hace de esta asociación una equivalencia simbólica coherente. El cocodrilo, considerado como un animal viscoso al igual que el resto de los reptiles, es aquí un sustituto de los excrementos que recorren las cañerías de los cuartos de baño hasta las alcantarillas, mientras que la defecación es un sustituto de la castración.

En su obra *Des serpents et des hommes (Serpientes y hombres)*, Desmond Morris confirmaba esta equivalencia reptil/excremento al apuntar las afirmaciones conocidas que se le atribuye a la serpiente, un calor y una viscosidad que no tiene.

Jay Mechling consagró un estudio acerca del significado del caimán en el bestiario americano, publicado en la apasionante obra colectiva *American Wildlife in Symbol and Store*. Configura un panorama de conductas simbólicas donde el caimán es la base y confirma la asociación caimán/castración, mencionando por una parte la costumbre de los americanos en los parques

de atracciones de fotografiarse con la parte superior del tronco introducido en las fauces de un caimán y de otra, mencionando la expresión “*when you’re up to your ass in alligators*” (cuando estás hasta el culo en los caimanes) que remite a un ataque castrador (el significado tiene múltiples acepciones). El caimán simbolizaba además el control ejercido por blancos sobre los negros, y asimismo representaba un peligro cierto para los negros americanos, a los que devoraba con preferencia a los blancos. Es necesario apuntar también que en el sur de Estados Unidos, la amenaza de castración o de muerte por parte del hombre blanco no tenía nada de imaginario. La variante de nuestra leyenda, donde los caimanes surgen de las alcantarillas y atacan a los usuarios de los sanitarios públicos de Nueva York, refuerza igualmente el mensaje de castración.

En estas alcantarillas de una ciudad grande, roda un caimán amenazador. Las alcantarillas son inquietantes, el lugar donde se concentran los deshechos de las concentraciones urbanas. Un pionero de esta concepción dramática de nuestro subsuelo fue Victor Hugo en su obra visionaria acerca de la gran ciudad moderna:

A principios de este siglo, las alcantarillas de París todavía eran un lugar misterioso. El lodo nunca puede tener buena fama; pero aquí el mal renombre llegaba hasta el pavor. París más o menos sabía que debajo de ella existía un terrible sótano [...] La ciencia y la superstición indicaban el horror [...] El Moine-Bourru (fantasma, un alma sin pena que corre las calles parisinas antes de Navidad) nació debajo del fétido dovelaje de las alcantarillas de Mouffetard; los cadáveres de los Marmousets se tiraron en las alcantarillas de la Barillerie [*Les Misérables* (1862), Libro 2, *L’intestin de Léviathan*, 1951:1289-1290].

Las alcantarillas son un lugar de peligros, de miseria y de un hormigueo de animales. El rico legendario de las ratas lo demuestra.

En el mundo contemporáneo, el auge de las reivindicaciones ecologistas ha agravado aún más esta visión inquietante. Un tema común en la ficción llevado a la pantalla es la aparición en las profundidades de animales genéticamente mutados a causa de la polución, además de artificial y monstruosamente agresivos y grandes. La leyenda se contenta en ocasiones con pequeñas modificaciones: ceguera, albinismo, ferocidad añadida. Pero el gigantismo se reserva para las películas de terror. Las tortugas Ninja –arrojadas

a las alcantarillas de Nueva York y mutantes como consecuencia nuclear— son las sucesoras de los caimanes, los cuales tienen un destino inequívoco: el público infantil.

Como ocurre frecuentemente en la leyenda —ya sea tradicional o contemporánea—, los elementos simbólicos tienen una significación común: el caimán simboliza la agresividad escondida en las aguas turbias, le gustan las presas descompuestas y las alcantarillas son el equivalente artificial de las ciénagas lodosas y putrefactas.

Una característica de la leyenda de los caimanes en las alcantarillas, es que no se ha personalizado en anécdotas que se les atribuye a amigos de amigos. ¿Será porque pareció creíble sin necesitar ese efecto de verdad adicional?

Como complemento a la interpretación psicoanalítica que ve en la narración de los caimanes en las alcantarillas un caso claro e ilustrativo de angustia de castración, pueden oponerse otras interpretaciones.

Es una historia moralizante acerca de la revancha de los animales maltratados por el hombre. Arrojados por los inodoros, los caimanes han sido abandonados de manera repugnante y precipitados en el universo hostil y putrefacto de las alcantarillas. Del hogar donde vivían tranquilamente en calidad de animales “de la familia”, pasan a habitar las cloacas donde se convierten en animales salvajes.

Es una metáfora que hace alusión a la imposibilidad de dominar de manera absoluta la naturaleza salvaje. Podemos encontrar un mensaje implícito y análogo al que dinamiza episodios de felinos misteriosos: la naturaleza salvaje está siempre dispuesta a resurgir, nos guste o no. A la ciudad, máxima expresión de la civilización y del orden, se opone el subsuelo, refugio de fuerzas naturales incontrolables. ¿Es posible, a la vista de todo esto, seguir hablando de la ciudad como un lugar en el que reina la armonía, o donde tiene lugar el desarrollo de una civilización? La leyenda, es, sobre todo, una narración que pone de manifiesto los peligros que encierra una gran ciudad, inhumana, moderna. En fin, una metáfora de la ciudad concebida como una jungla, se hace eco del anonimato de las grandes urbes. Lo que ocurre bajo las ciudades es revelador de lo que ocurre en ellas, puesto que los ciudadanos deshumanizados no están tan lejos de las bestias salvajes. Y en este sentido nada tiene de extraño el que el escenario elegido haya sido Nueva York, ciudad-mito de la violencia urbana por excelencia.

Bibliografía

- Brunvand, Jan Harold (1981), *The Vanishing Hitchhiker: American Urban Legends and Their Meaning*, Norton, Nueva York.
- Carroll, Michael (1984), "Alligators in the Sewer, Dragons in the Well and Freud in the Toilet. Some Contributions to the Psychoanalytic Study of Urban Legends", *The Sociological Review*, núm. 32, pp. 57-74.
- Daley, Robert (1959), *The World Beneath the City*, J.P.Lippincott Co, Filadelfia, Nueva York.
- Hugo, Victor (1862), *Les Misérables*, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 85, París, 1951.
- Lascault, Gilbert (1973), *Un monde miné (mensonges et menaces de l'en-dessous)*, Christian Bourgois, París.
- Maspéro, François (1990), *Les passagers du Roissy-Express*, Seuil, París.
- Mechling, Jay (1988), "The Alligator", en Gillespie, Angus K. y Mechling, Jay (eds.), *American Wildlife in Symbol and Story*, Knoxville, The University of Tennessee Press.
- Morgan, Hal y Tucker, Kerry (1984), *Rumor!*, Penguin Books, Londres
- Morris, Desmond y Morris Ramona (1965), *Men and Snakes*, McGraw Hill, Nueva York.
- Renard, Andrée (1932), "Petite histoire à l'usage des quelques personnes qui n'ont pas visité la Floride", *La Grand' Goule*, Poitiers, 23.
- Thigpen, Kenneth A. (1979), "Folklore in Contemporary American Literature: Thomas Pynchon's *V.* and the Alligators in the Sewers legend", *Southern Folklore Quarterly*, núm. 43, pp. 93-105.